

Julien Lanes Marsall, *L'ambassadeur de la République des Lettres. Vie et oeuvre de Robert Robert i Casacuberta (1827-1873)*, Paris, Éditions Hispaniques, 2017, 553 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.39.2019.793-798>

Este denso y exhaustivo estudio del hispanista francés Julien Lanes Marsall pretende recuperar la figura de un incansable y agudo escritor del siglo XIX español, Robert Robert (o Roberto Robert como se le denominaba y era conocido en el tiempo en el que desarrolló su actividad). El personaje biografiado, cuya vida adulta discurrió entre Barcelona y Madrid entre aproximadamente los años 1840 a 1870 resumió en sí mismo una serie de facetas que tienen que ver con la escritura: la de publicista, escritor público e intelectual, una triple labor que desarrolló principalmente en la prensa –respecto de cuya historia en los decenios intermedios del siglo XIX este libro constituye también un acabado estudio- y en otras actividades que tienen que ver con su militancia en el partido Demócrata y, más tarde, en el Sexenio, en el Republicano Federal (sin olvidar las que va a llevar a cabo en el ámbito cultural barcelonés entre aproximadamente 1865 y 1868). Actividades, todas ellas, estrechamente imbricadas en su caso y que no cabe explicar de forma aislada sino conectándolas entre sí. Quizás lo que las unifica es la constancia, la firme voluntad de Robert de hacer propaganda de la causa popular y democrática y de los ideales y valores secularizadores que vinculaba al siglo XIX en tanto que opuestos a la oscuridad y sojuzgamiento en que la humanidad había vivido hasta fechas muy recientes.

Y para ello se valió de una variada panoplia de recursos y géneros literario-periodísticos entre los que destaca uno de larga tradición en las letras españolas y que ya había sido cultivada por otros publicistas o escritores públicos en lo que se llevaba de siglo (Bartolomé Gallardo, Martínez de Villergas, Eusebio Blasco...): la sátira, que empezó a cultivar desde su estreno como periodista en Barcelona siendo una prueba de ello sus colaboraciones en el periódico “satírico y literario”, *Los rehiletos*. Un género en el que se convirtió en un verdadero maestro y que no dejó de practicar hasta el final de su vida como atestigua su trilogía anticlerical publicada entre 1869 y 1871. Una parte significativa de su producción, por otro lado, se inscribe en la literatura costumbrista mostrando claros paralelismos con el enfoque crítico de la vida española practicado por Larra.

Pero Robert publicó además crónicas y artículos políticos (que le dieron a conocer en el mundo periodístico madrileño por medio de su colaboración en *La Península* y, luego, en *La Discusión*) y, más ocasionalmente, novelas, dramas, traducciones (una tarea en la que desarrolló una importante labor – tradujo a Proudhon antes que Pi- y en la que le relevaría su propio hijo, R. Robert López), poemas o, incluso panfletos pudiendo encajarsele, para encuadrar su labor de productor intelectual en la categoría de *escritor público* por su voluntad de intervenir en el espacio público en construcción o en proceso de democratización si nos referimos a la etapa del Sexenio.

Aproximadamente la primera mitad del libro la dedica el autor a exponer la vida de Robert en los algo más de cuarenta años que median entre su nacimiento en Barcelona, en 1827 y el paso al primer plano de la actividad política que supuso para él el triunfo de la Revolución *Gloriosa* de 1868 y que se plasmó en su elección como diputado constituyente en enero de 1869. En toda esta parte de la obra se aprecia el considerable trabajo de Julien Lanés por seguirle el rastro en los diferentes periódicos madrileños en los que supuestamente colaboró (pues los indicios de sus colaboraciones, al menos las iniciales, son muy débiles) desde su instalación en la capital a partir de 1851, contando con la ayuda de otros escritores como Pérez Escrich o Antoni Altadill que, como él, formaron parte de la primera bohemia madrileña. Robert, además, siguiendo la estela de otros jóvenes llegados de Cataluña (entre ellos, Pi y Margall) militaría pronto en las filas del joven Partido Demócrata (creado en 1849), colaborando en todo un rosario de publicaciones de esa orientación política y vinculándose a dirigentes como Antonio Ignacio Cervera lo que indicaría que, entre las variadas y pronto contrapuestas corrientes que se iban perfilando en el seno de dicha formación política, Robert se alineó con la demo-liberal (es reveladora su adhesión posterior, ya en los años 1860, a las tesis de Frédéric Bastiat y de la escuela económica franco-belga que se plasmó en varias traducciones, entre las cuales la de sus *Sophismes économiques*).

En cualquier forma fue en Madrid donde desarrolló, a partir de su salida de la cárcel de El Saladero en 1855, una intensa actividad periodística, inseparable de la propiamente política: escribió así para *La Península* o *La Discusión*, en donde ejerció de cronista parlamentario, una sección en la que su empleo de la ironía al servicio de la crítica política le hizo sobresalir y ser muy valorado en el mundo del periodismo madrileño. Y colaboró en otras publicaciones figurando entre ellas *El Museo Universal* creada por los impresores Gaspar y Roig, *La América*, que dirigió Eduardo Asquerino o la ambiciosa *Revista de Cataluña*.

Por otro lado, durante su estancia madrileña, Robert no se mantuvo ajeno a los debates que estaban teniendo lugar entre *individualistas* y *socialistas* en el seno de la democracia española. Una querrela ante la cual hizo un llamamiento a la unión, a la conciliación, retomando el espíritu de la “Declaración de los Treinta”, de 1860, que había permitido pacificar al Partido con ocasión de una discordia anterior. Ello lo hizo a través de un opúsculo titulado *Al Partido democrático. Folleto político*, publicado en Barcelona en los primeros meses de 1865 y en el que, además de enjuiciar como ridículo todo intento de exclusión –de excomuniación– de una parte del Partido por la otra (lo que se trataba de hacer con Pi y Margall y sus seguidores) llamaba a rehacer la unión para no desligarse de la tendencia general hacia la democracia que a su juicio cabía percibir contemporáneamente en Europa y fuera de ella. No obstante, J. Lanés llama la atención también, como hemos advertido, sobre la decantación de Robert hacia las ideas económicas de Bastiat y su escuela, lo que le situaría lejos de las tesis socialistas.

En la parte última del reinado isabelino (entre finales de 1864 y los primeros meses de 1865), el personaje biografiado retornó a su Barcelona natal, una ciudad bulliciosa y alegre en la que rápidamente Robert se hizo asiduo de espacios clave en el renacimiento cultural como la trastienda (“rebotiga”) del relojero Frederic Soler o la Librería española de Inocencio López Bernagossi. Ámbitos fundamentales para la difusión de ideas festivas y democráticas, tarea en la que Robert se implicó por medio de distintas colaboraciones con las empresas editoriales y periodísticas de López a través de las cuales (así, por ejemplo, el periódico satírico *Un tros de paper*) dio impulso al género costumbrista en lengua catalana y, más en general, al periodismo literario en dicha lengua, un cometido en el que los estudiosos atribuyen a Robert un papel de precursor (“sentaba cátedra” en las tertulias que se reunían en el *Café d’en Cuyàs*, conocido también como las Sept Portes). Lo que no era incompatible con la continuación de sus publicaciones en la prensa de Madrid (en *Gil Blas*) o la realización de compendios humorísticos en español (*El mundo riendo*). Tuvo, por consiguiente un destacado papel en la *Renaixença* y en la recuperación del ‘català que ara es parla’, lo que remite a la vertiente popular de esta corriente en la Barcelona de los años 1850-60, diferenciada de la que encontró su vehículo de expresión en los juegos florales (si bien se ha documentado que Robert fue secretario de los Juegos de 1866).

Al propio tiempo, desde su retorno a la ciudad condal se ocupó de tareas organizativas del Partido Demócrata siendo elegido presidente del

comité provincial de Barcelona, tareas que pronto, en esta última fase del reinado, iban a adquirir un sesgo conspirativo, entrando a formar parte Robert de la Junta revolucionaria clandestina lo que le valió ser perseguido por los esbirros del Conde de Cheste [el general Juan de la Pezuela]. Pero, como siempre, compaginó dichas tareas con sus variadas colaboraciones periodísticas o editoriales. De hecho, las noticias del levantamiento gaditano de septiembre de 1868 le sorprendieron en casa del editor Espasa, cuando estaba escribiendo una entrega para una novela. Esa faceta suya también justificaría el que se le encomendara la redacción, junto con Altadill, de una proclama que la Junta dirigió al pueblo barcelonés, el 20 de septiembre.

En torno a la otra mitad de esta biografía está consagrada a exponer la plural labor desarrollada por Robert durante el Sexenio democrático cuyo desastroso final, afortunadamente para él, no llegó a experimentar ya que falleció de tuberculosis en abril de 1873 antes de salir para Suiza, donde la República le había nombrado embajador (pensando en el restablecimiento de su maltrecha salud). Se estrenó en esta nueva etapa como concejal del Ayuntamiento barcelonés y al poco fue elegido vicepresidente del Centro republicano federal, nombramiento que de nuevo confirmaría la ubicación de Robert en el lado del republicanismo moderado, frente a otra corriente más radical representada por el Club de los federalistas. La entidad, en la que asumió un papel dirigente ha sido valorada como la plataforma de sociabilidad política y de propaganda más importante de Barcelona en aquella coyuntura, y como un “lugar de ejercicio popular de la democracia”, de escuela de ciudadanía, por tanto, en la línea, en cierto modo, de los planteamientos pedagógicos formulados por Cervera. Robert, sin embargo, no limitaría su actividad propagandística al Centro, sino que peroraría ante distintos auditorios populares asumiendo el papel de un *tribuno del pueblo*.

Este republicano “severo”, como le motejaba el periódico madrileño *La Igualdad*, al término de este intenso y efervescente trimestre sería elegido en enero de 1869 diputado republicano por Barcelona lo que le hizo retornar de nuevo a la urbe madrileña, sede del poder legislativo donde, por lo que respecta a la fase constituyente sería un diputado activo que se hizo notar especialmente como uno de los adalides del laicismo republicano y como un apasionado defensor del derecho de asociación, asunto sobre el que pronunció, el 23 de abril de 1869, uno de sus discursos más recordados. Intervino también en los debates sobre las quintas o la esclavitud, pero fue la cuestión religiosa el gran caballo de batalla que motivó sus intervenciones como diputado presentándose como un individuo ajeno o refractario por completo a los misterios religiosos, a la Divinidad, en la línea de Suñer y

Capdevila, aunque con un tono menos virulento. Unas intervenciones, por otro lado, que corren parejas con las sátiras publicadas contemporáneamente en algunas obras como *Los cachivaches de antaño*.

Aún cuando Robert no fue elegido diputado en las siguientes legislaturas, volviendo solo al Congreso en las elecciones del verano de 1872, no dejó de ser una voz cualificada dentro del PRDF, definiendo su posición en las diferentes tesis por las que pasó dicha formación política en los años del Sexenio, que fueron extremadamente azarosas. Pues bien, según Lanes Marsall, Robert se fue perfilando como un republicano moderado, “señor” (de acuerdo a la terminología establecida por P. Gabriel y À Duarte), defensor del orden y legalista, aunque sin llegar a condenar los movimientos insurreccionales. Es muy significativo a este respecto el que tomara partido a favor de la *Declaración de la prensa* en la que una parte muy cualificada del Partido se distanció de la teoría pimargalliana del pacto mostrándose proclive a defender una república unitaria que podría estar presidida, incluso, por el progresista Juan Prim (una opción que, hasta la muerte del caudillo reusense, a finales de 1870 sobrevoló la vida política del Sexenio). Y dio su aprobación, en fin, a la práctica de una política *benévola* respecto del Partido Radical de Ruiz Zorrilla.

La obra se completa con un detallado estudio de la actividad periodística de Robert a lo largo del Sexenio, que se concretó en su colaboración en *La Ilustración de Madrid*, en diversas publicaciones republicanas (así en la barcelonesa *El Telégrafo*, en donde firmaba con el nombre bíblico de Jadhel) y en el satírico *Gil Blas*, aparecido en realidad en 1864 y que, en su género, llegó a ser el más leído del país (Robert colaboró desde sus inicios llegando a ser considerado como el espíritu de la publicación). Y con la atención que presta a su considerable producción última al margen de la propiamente periodística en la que se incluye la trilogía formada por *Los cachivaches de antaño*; *Los tiempos de Mari-Castaña* y *La espumadera de los siglos* -más de mil páginas- para la que llevó a cabo una importante labor de documentación histórica; su *Crítica de la bufonada cómica Macarronini I*; *El gran tiberio del siglo entre luces y pedradas* (motivado por la celebración del aniversario de la entronización de Pío IX) o la dirección de la obra colectiva *Las españolas pintadas por los españoles...*

Se trata, a nuestro juicio de una biografía muy bien construida que revela una erudición poco corriente y un esfuerzo por diferenciar, pero también compendiar las distintas vertientes de la vida de Robert – especialmente las de escritor público y propagandista del credo democrático-

que tiene tras de sí una larga maduración y el recurso a un arsenal interpretativo complejo y refinado que bebe de disciplinas muy diversas aunque complementarias. Todo ello para reconstruir la vida de un escritor que no ha logrado formar parte del Parnaso literario español y de un político que no llegó tampoco a integrar el reducido grupo de personajes cuya mención en los manuales o estudios generales sobre la época liberal en España, resulta obligada. Ello da la medida del reto que ha tenido ante sí Julien Lanes Marsall y de las sobradas razones que aporta para defender su recuperación tanto en su dimensión periodístico-literaria puesto que, además de su vertiente catalana Robert fue uno de los grandes escritores satíricos y costumbristas en lengua castellana, como política ya que su republicanismo parece situarse en un territorio propio, diferenciado del federalismo de Pi y Margall y del demoliberalismo de Castelar.

Rafael SERRANO GARCÍA
Instituto Universitario de Historia Simancas
rafael.serrano@uva.es